



Pregón Semana Santa - Vera 2026
Juncal de Haro Cortizo

LA MIRADA DE MARÍA

La mirada de una Madre es lo más bonito que ha hecho Dios.

En ella se funden el principio y fin de nuestra existencia. En ella cabe el silencio de la noche, el consuelo del que sufre y la esperanza del que espera. Es una mirada que no juzga, que comprende; que no pregunta, que sostiene; que no abandona, que permanece. Es refugio cuando el miedo aprieta y luz cuando todo parece oscurecerse.

En tu **Soledad**, Madre, tu mirada tiene la dulzura de los primeros recuerdos. Es el nido que buscábamos de niños cuando el miedo nos hacía aún más pequeños. Míranos como miraste a tu hijo, Jesús de la Esperanza. Enséñanos a mirar al prójimo con Tu templanza; a perdonar sin reservas y a sostener la fe con el pulso que no tiembla. Que la cruz no es el final, es el paso hacia el amor. **Porque la mirada de una madre es lo más bonito que ha hecho Dios.**

Virgen de los **Perdones**, luz de los jóvenes y sus corazones. Tu mirada no es solo el acto de ver, es el milagro de ser vistos por Ti. Que cada joven descubra en tu mirada la clave para amar, y que aprenda en tu calma a tender la mano sin esperar nada a cambio. Míranos con esa calma que cura cualquier herida, y enséñanos que el perdón es la llave de la vida. Pues al vislumbrar el brillo que nos dio Tu adiós, comprendemos al fin, con un nudo en la voz: Que **la mirada de una madre es lo más bonito que ha hecho Dios.**

En tu **Pureza**, Madre bendita y gitana, tu mirada cautiva a todo aquel que te mira. De tus ojos nace una luz que guía sin imponer, que acompaña sin exigir. Mirarte es quedarse de pie cuando todo duele, cuando el mundo pesa y cuando el corazón tiembla. Y es que los ojos de una madre son un tesoro divino, un reflejo del cielo que ilumina mi camino. Porque, en cada abril que regresa, **la mirada de una madre es lo más bonito que ha hecho Dios.**

Virgen de **Gracia y Esperanza**, en medio de la noche tu mirada es pura misericordia. Es faro encendido en la tormenta, calma que detiene el tiempo y devuelve la paz al pecho en los peores momentos. Bajo el cielo tu palio, nada nos falta y todo es oración, porque **la mirada de una madre es lo más bonito que ha hecho Dios.**

Ante ti, **Piedad Nazarena**, sosteniendo al Hijo en tu regazo sagrado, tu mirada es amor que lo ha dado todo y nada ha negado. Es dolor ofrecido. Es silencio estremecido. Es corazón traspasado. Tu mirada recoge el dolor del mundo y el amor más profundo. Pues ante el resplandor de tu cara, la pena se rinde y revive al corazón. Y es que **la mirada de una madre es lo más bonito que ha hecho Dios.**

Y en tus **Angustias**, Madre y Patrona, Tu mirada es el hilo de oro que teje nuestro principio y nuestro final. Es llanto que no desespera, la herida que ama hasta la eternidad. Tus ojos custodian nuestra historia, nuestra fe y nuestra devoción. Porque, al final del camino, **la mirada de una madre es lo más bonito que ha hecho Dios.**

Tu mirada, Virgen Santa, es hogar donde descansan las almas cansadas. Es consuelo del que se siente perdido y luz que no se apaga, presencia sagrada que late en cada Semana Santa.

La mirada **eterna** de una Madre es **lo más bonito que ha hecho Dios.**
y al final de nuestros días, cuando todo esté en calma,
recordaremos esa mirada tuya como abrigo eterno de nuestras almas.

SALUDOS

Reverendo señor cura párroco de Nuestra Señora de la Encarnación, querido Don Jesús; queridos Don Antonio y Don José Gregorio: gracias por ser el espejo donde se mira mi fe y por enseñarme a descubrir el rostro del Señor en vosotros.

Ilustrísimo Señor alcalde, don Alfonso García, y Corporación Municipal del Excelentísimo Ayuntamiento de Vera, gracias a todos por asistir a este acto es un honor para mí contar con vuestra presencia.

Agrupación de Hermandades y Cofradías y presidenta de la misma, querida amiga María Dolores, que el Señor y la Virgen os siga iluminando para seguir tomando buenas decisiones por y para nuestra Semana Santa.

Queridas Hermandades, Mayordomías, miembros de todas ellas en sus Juntas Directivas y Órganos de Gobierno, gracias por vuestro trabajo durante todo el año y por acompañarme en este acto que anuncia que, un año más, la semana de nuestra vida está muy cerca.

Banda Municipal de Música Vera, músicos que la componen y querido maestro y director Don Juan Francisco, gracias por acudir a mi llamada sin dudarlo. La Semana Santa sin música, sería fe sin voz.

Mi querido Coro de San Ramón de mi Hermandad de Jesús y su director, Víctor, qué ilusión que tragáis a este pregón la música y las voces que suenan en nuestra Ermita, en nuestra casa.

Querido presentador Don Ginés, gracias por engrandecer mi persona y por ese cariño que siempre me has profesado. Es un gran reto ser tu sucesora.

Queridos cofrades, jóvenes y amigos en la fe, gracias a todos por estar aquí. Ojalá estar a la altura.

Y como no, mis amigos y amigas, mi familia, la presente y la del cielo, los que siempre sacan tiempo como hoy para estar conmigo, el gran tesoro de mi vida. Este pregón es vuestro. Y ahora sí...

LA HERENCIA DE LA DEVOCIÓN

Ya se respira la primavera. Es ese misterio que flota en el aire, un cosquilleo que no entiende de razones pero sabe mucho de pulsaciones. Vera no duerme; Vera se despereza con la elegancia de quien se sabe guardiana de un tesoro infinito; **la Semana Santa**. Queda apenas una semana, dicen los almanaques... pero el reloj del corazón lleva días latiendo a otro compás.

Porque la Semana Santa es una herencia eterna que se siembra en el Miércoles de Ceniza y madura en el silencio de la Cuaresma. Estamos aquí para **aprender**. Para aprender que el tiempo no se mide en minutos, sino en la espera que se vuelve esperanza.

¡Bendito preludeo donde todo es víspera! ¡Mirad y sentid! ¡Que se despierten los sentidos!

Todo comienza en el corazón de nuestras casas; en el rincón donde la abuela plancha la túnica con mimo, midiendo el dobladillo para el estirón del niño. En sacar del armario la mantilla y la teja, en planchar el costal y ponerlo todo a la espera.

Se respira en el olor a buñuelos y pestiños, a torrijas empapadas en almíbar, paciencia y cariño, sabe a roscos fritos y a ese arroz con leche que probamos de niños. Y es que la Pasión tiene también su propia caligrafía en la cocina, escrita por nuestras madres y abuelas.

Pero el fervor es un río que no entiende de fronteras, y el hogar, a veces, se queda hasta pequeño para tantas primaveras.

Todo huele a jazmín y azahar, también en el limpia-plata que impregna las manos en la casa de Hermandad y en los montones de flores que hay aún que despertalar.

Se escucha en el racheo de los costaleros cuando las aceras son testigos de todos los ensayos. En las trompetas y tambores que despiertan nuestros barrios. Se siente en las tertulias, cenas y madrugadas, donde esos ratos entre hermanos no se cambian por nada.

¿Qué es la Semana Santa? Preguntan los que no entienden esta locura nuestra.

Decidles que es el crujir de la madera vieja bajo la trabajadera de quien carga con todas sus oraciones y promesas. Es la nube de incienso que se enreda en los balcones llenos de banderines y balconeras. Es la cera que llora de los cirios y las velas. Es el cordón de esparto que ciñe la cintura y la vanidad nos barre. El capirote que oculta el rostro pero deja que el alma se desate. Es el golpe seco del llamador que ordena que el

corazón se levante. Es el nácar de las mejillas de la Virgen, que nos rompe el coraje. El tambor ronco que rasga el aire y la saeta que se clava en el pecho como un dardo constante. Es la corneta que araña el cielo buscando su mensaje. Son los viacrucis, los besamanos, los traslados y los pregones de las Hermandades. Es la mirada cómplice, el relevo que se da, la papeleta de sitio que se guarda y la fe que no acabará.

Pero es, por encima de todo, encontrarlo a **Él**, el Dios que se hace Hombre para aceptar su destino por puro amor al hombre. Y es encontrarla a **Ella**, la Madre que en su llanto pronuncia nuestro nombre. Ese refugio donde el alma descansa, donde la **Pasión, Muerte y Resurrección de Dios se vuelven bendita costumbre.**

Y todo este ensayo de los sentidos estallará en un grito de victoria cuando el **Domingo de Ramos** escriba el "*Érase una vez*" de nuestra historia. ¡Hosanna en el cielo! La luz de Vera se vuelve distinta y reclama su gloria. La plaza Mayor se inunda de palmas y de olivos entre la gente, con los niños estrenando la primavera en sus manos impacientes. Es Jerusalén que baja a nuestras calles para recibir al Rey, a lomos de una Borriquita que dicta su amor como única ley. Bendito el que viene en el nombre del Señor.

Y ahí, entre el bullicio, estáis vosotros: **¡Juventud cofrade!** Que nuestra fe sea el baluarte, que no hay orgullo más grande que llevar a Dios por estandarte. Somos el presente más vivo. Haced de vuestra Hermandad un refugio donde el odio se aparte. Buscad la ética que late detrás de la estética. Sed el incienso más puro que jamás ardió en esta tierra.

Porque ahora, cuando el eco de las palmas aún resuena, nos toca adentrarnos en la penumbra de la Pasión. La alegría del patio de Jerusalén da paso a la gravedad del Calvario. Nos toca caminar junto a Ella, bajo su terciopelo verde y su pena.

Porque si hoy estamos aquí para aprender, la lección de mañana tiene nombre de Martes Santo.

Preparemos el alma, ajustemos el paso y que empiecen los sonos... Porque ya estamos, frente a frente, **al lado de la Virgen de los Perdonos.**

AL LADO DE LOS PERDONES

Al lado de los Perdones, todo es pequeño. El mundo se vuelve minúsculo y el cielo se hace cercano, porque no hay mayor orgullo que sentirse entre Tus manos. Todo lo que creemos grande se rinde ante Tu mirada; la luz de cada mañana es solo sombra comparada con el brillo de Tu cara. Junto a tu Soledad hallamos nuestra templanza, pues Tu silencio es donde el Perdón siempre se alcanza. Y es que **al lado de los Perdones**, la vida es un suspiro de confianza, mientras la juventud reza rendida a los pies de **Jesús de la Esperanza**.

Al lado de los Perdones, escuchamos ese ruido bendito que el Papa Francisco nos pidió, porque la fe no es antigüedad. Es el corazón recién nacido que Dios nos confió. Somos la savia nueva, la juventud que no teme al qué duda ni al sendero perdido, pues somos cristianos de alma sincera que en Tu mirada han hallado su nido.

Al lado de los Perdones, el tiempo no se cuenta en horas, ni siquiera en los 22 años, se cuenta en las ganas de verte, pues la espera es la forma más dulce de quererte. ¡Qué cortos son los ensayos y el sonido de las campanitas de su palio al pasar. Que pequeño ese ramo que a nuestra Patrona se le da si en cada flor, nuestro corazón entero va. Qué breve es la petalá y el silencio eterno de esa levánta por los que ya no están. Qué fugaz la llamada, ese golpe seco del capataz, ¡y es que cada Martes Santo siempre nos deja con ganas de más!

Qué rápida va la vida si se mide en primaveras, y qué cortas suenan las marchas de Semana Santa si las escucho a Tu vera. Aquí la espera se hace esperanza y el compás de tus costaleros es la fe que siempre avanza. Qué pequeña es la duda y qué ligera la agonía, si al final de la última rampa Tú eres nuestra propia guía.

Al lado de los Perdones, no importa la trabajadera si con Tu aliento nos basta. El dolor se vuelve leve, aunque el costal en el cuello su peso de amor eleve. Qué pequeña es la tristeza y qué insignificante el llanto, si mis amigos, y los que se han convertido en hermanos, me guían bajo el calor de Tu verde manto. Porque aquí no manda el tiempo, ni el reloj, ni el callejón, aquí solo manda el cielo, Tu luz y Tu gran perdón.

Al lado de los Perdones, la vida toma sentido incluso cuando el cuerpo se cansa. Porque aunque los años pasen y nos alejen de la trabajadera, la verdadera devoción por Ti es esa que nunca muere ni desespera.

Y cuando ya no sea mi cuello el que sostenga Tu paso, será mi alma la que siga Tus pies hasta el ocaso.

Porque quien ha cargado Tu bendito peso jamás conocerá el desamparo; pues llevarte, Madre, es el orgullo más claro.

Ser costalero de los Perdones no es un oficio, es un destino, es llevar el cielo por testigo y a los hermanos en el camino.

Es ser hijo de Tu Gracia y valiente de Tu fe, es el rezo que se hace paso y el amor que se hace pie.

Es vivir para quererte, es morir por Tus razones, y quedar eternamente...

¡AL LADO DE LOS PERDONES!

CAUTIVOS DE TU PUREZA

Miércoles Santo. Se detiene el aliento en el barrio de los Gitanos, el aire se hace de incienso, de canela y clavo. En el silencio del Gitanerío pasa el Cautivo y una saeta le reza desde lo alto.

No busco su balanceo ni busco el oro, busco la carne, el dolor, el frío. Busco la huella del Dios que sufre por este paso tan tuyo y mío.

Pilatos te muestra al pueblo y yo te contemplo, **Señor Cautivo.** Te presentas con el paso lento y el rostro herido, cansado de sombras, de olvido y castigo. Humillado, despreciado y abandonado, eres Rey de un trono que el hombre ha negado.

Cautivo del amor, cautivo del silencio, cautivo de una entrega que nos encoge y nos hace pequeños.

Sus manos atadas son el poema donde se escribe nuestra libertad; no son cadenas las que lo aprietan, es el peso de nuestra propia verdad. En esa espalda que es mapa de penas, y en ese rostro que el miedo no altera, he visto el refugio de mis derrotas y la salud de mi vida entera.

Señor Cautivo, que en tu debilidad sostienes el hilo de mi propia fe, enséñame a ser esclavo de tu paso para aprender a ponerme de pie.

Pero no vienes solo por la calle de la vida, que a tu lado camina la Madre, la flor más querida. **La Virgen de la Pureza,** aroma de la tarde y brisa que consuela, la que con su mirada gitana mis penas desvela. No es nácar lo que brilla en su cara, es la memoria de un pueblo que espera, la Pureza que amarra las almas heridas con hilos de seda, de luz y de Vera.

Mírala firme, cuando el mundo tiembla, mírala limpia, sin juzgar a nadie. Es el pañuelo que seca las sombras cuando el desprecio camina en la calle. Bajo su manto azulado se esconde el cielo que busca la humanidad, un refugio de tela y de cielo donde se ordena nuestra voluntad.

Ser cautivo de su amor verdadero es la victoria de quien nada tiene, la libertad de llevarla por dentro mientras la vida va y se nos viene.

Busca al Cautivo en el pan de tu casa, en el amigo que no sabe amar, en el hermano que grita en silencio y en la Pureza que ayuda a rezar.

Que este Miércoles Santo sea entrega y sea vida, la luz que ilumina siempre nuestra fe dormida.

Vera se calla. El Barrio te reza. Sobran las razones, porque es tu amor el que habita nuestros corazones.

No busco otra libertad que vivir encadenado al dulce refugio que encuentro siempre a tu lado. Que no hay mayor suerte, ni mayor nobleza, que vivir para siempre... cautivos de tu pureza.

Seamos todos, por siempre, cautivos de tu pureza.

ESPERANZA DE VIDA

Cuando el Miércoles Santo se despide y el Jueves ya avanza, San Juan le grita al mundo que... **nunca faltó la Esperanza.**

Bajo la noche del Jueves Santo que se rinde al mundo entero, nace un palio de oraciones bajo el verde terciopelo. No lo levanta el esfuerzo, ni siquiera el cuello; lo levanta la memoria de un barrio que es prisionero de esos ojos, que son guía, de ese rostro que es consuelo. Son las manos de las madres, es el rezo más verdadero, la fe que vence al olvido y al dolor le pone un velo. Porque en San Juan se proclama, con la fuerza de quien ama, que en el cielo de ese barrio... **nunca faltó la Esperanza.**

Pero antes de verla a Ella, con su palio y su mecida, miremos al Hombre que se entrega para darnos la vida.

Allí, **entre los olivos**, donde el Señor se encuentra solo, sintiéndose apenas vivo, cargando con el peso de todo. Sus amigos se durmieron, nadie acompaña Su pena, mientras el sudor de sangre por su frente se condensa. ¡Qué solo estaba el Maestro frente al cáliz del destino, buscando un poco de luz en aquel duro camino! Pero incluso en ese huerto, donde el miedo nos alcanza y el silencio nos sentencia... **nunca faltó la Esperanza.**

Fue también Cruz alzada sobre el Calvario, **misericordia** abierta de par en par, un altar de madera donde el cielo vino a expirar. La madera cruje fuerte, la sed le quema la boca, y el dolor de aquel momento hasta las piedras trastoca. Ya no queda casi vida, la tarde se vuelve oscura, al ver que el Rey de la Gloria padece tal amargura. Y aunque el odio de los hombres su pecho tocara con una lanza, y la muerte diera el golpe con su ciega venganza, del costado abrió la fuente que nos da la templanza. Porque incluso en el Calvario, donde el mal su red lanza, mientras brotaba el perdón... **nunca faltó la Esperanza.**

Y entonces.. llega Ella.

Bajo su cielo de terciopelo verde,
con doce varales predicando sin hablar,
la Madre camina como eterna primavera
por la calle La Plata, por la Plaza Mayor o por la calle del Mar.

El palio respira. Respira fe. Respira barrio y Hermandad. Respira nombres propios bordados en el manto como oraciones que no se quieren borrar jamás.

Antoñita, Remedios, o la tita Isabelita...
madres que me enseñaron a luchar y vivir sin alardear,
mujeres que, aun con el pecho encogido,
supieron decir: *“Con mirarla...todo bien está”*.

Porque cuando el miedo aprieta
y cualquier enfermedad suena a tempestad,
cuando la noche se hace larga
y el cuerpo no puede más,
hay una vela en su bendito palio que arde
como decreto de eternidad: *“Esperanza de Vida”*.

Llama a llama, la candelera despierta como despierta el alma en vigilia callada.
La cera no llora derrota, es fe derramada.
Cada gota es una batalla ganada en silencio,
cada luz, una herida abrazada, o una persona del cielo.

No es solo fuego lo que alumbra su rostro;
es la certeza de que el amor no se apaga.
Es la mano en la mejilla temblorosa,
es el susurro que dice: *“Aquí estoy, no temas nada”*.

¡Ánimo, mujeres valientes!
Que el miedo no incline vuestras frentes.
Sois guerreras sin espada ni armadura,
pero con una fe que todo lo puede.

Que venga de frente ese palio de plata,
que crujan los cuatro zancos con la fuerza de la verdad.
Que no hay sombra, ni enfermedad, ni herida
que pueda con su Gracia y su mirar.

Si el horizonte se nubla,
si la voz se quiebra al rezar,
buscad sus ojos,
que saben más de sostener que de brillar.

Porque podrán faltar fuerzas.
Podrá faltar quien ya no está.
Podrá faltarnos la risa en la mesa
o la calma en la madrugada.

Pero mientras haya una vela encendida en San Juan,
mientras un niño la mire y aprenda a confiar,
mientras su nombre, María,
sea refugio, faro y hogar... **Nunca faltó la Esperanza ni el amor que la pueda
igualar.**

Y bajo la noche santa del Jueves que todo lo entrega,
cuando el palio se pierde y el corazón se queda,
sabemos —aunque el mundo tiemble—
que quien camina bajo doce varales de plata no trae solo consuelo: es la Palabra viva
de que la Vida siempre vence.

Y mientras Ella pase,
mientras su vela arda y no se rinda, en San Juan y en cada pecho que la nombre...
nunca faltará la Esperanza de Vida.

EL ALBA DEL NAZARENO

Ya se presiente en el aire el escalofrío de una mañana que no es una cualquiera. Se engalanan los balcones de seda morada vistiéndose de una impaciente espera, porque el tiempo se detiene en Vera. Hablo de esa claridad que nace al alba, de ese Viernes Santo por la mañana que despierta y estremece el alma.

Se abren de par en par las puertas de San Ramón y la Calle La Plata deja de ser piedra y cal para volverse dos pasillos infinitos hacia la eternidad. Allí, el eco de los pasos se funde con la fe, el respeto y la verdad. Son miles de hombres —hijos que hoy son padres, nietos que hoy son hombros— los que caminan con paso lento y entrega desmedida, **acompañando a Nuestro Padre que nos enseña el verdadero sentido de la vida.**

Miradlo subir la Calle Mayor, silencio que anuda la garganta. Miradlo avanzar, hombro con hombro, bajo el peso que nos salva. Miradlo pasar, porque es Él... quién sostiene a quienes lo cargan.

En cada zancada, una herida. En cada silencio, un nombre. En cada caída, el consuelo que busca y no encuentra el hombre. Es su melena al viento, su mirada de humilde quebranto, agachada para recogernos, uno por uno, nuestro llanto.

¡Y qué manos las del Señor, refugio de la amargura! Las que sujetan la cruz, las que saben de clavos, y que no nos sueltan aunque la noche sea oscura. Su túnica morada es bálsamo en la herida. Morada como la espera, como el dolor que purifica y libera.

Fijaos en el detalle que quiebra el alma: el talón al aire. Ese pie desnudo que asoma, sin orgullo y sin alarde, bendiciendo la piedra donde el pecado del mundo se acuesta. Su corona es señal, cada espina una culpa nuestra, cada herida una verdad, cada gota un perdón que se entrega.

Lo escolta la Legión con su paso marcial y valiente, entre cornetas de plata el silencio se hace presente. **Porque cuando pasa el Nazareno, bajo el cielo veratense, no hace falta nada más... que dejar que el alma rece.**

Y en esa Subida de Jesús, imagino una escena sincera: un abuelo y un nieto, de esos que el tiempo no borra y la memoria conserva. Donde la fe se hereda sin grandes palabras ni quejas, porque no se explica con rezos que el viento se lleva... la fe se aprende en silencio, de la mano del abuelo que enseña. Y mientras el niño pregunta, con la inocencia que quiebra: — *“Dime, abuelo, ¿quién es ese hombre que de la Cruz*

no se despegas? ¿Por qué caminas tan lento y con tanta pena? ¿Quién es el que lleva al hombro toda la culpa de Vera?"

El abuelo, lo mira despacio, como mira quien sabe rezar, y con voz que traen los años, le empieza al niño a contar: — *“Escucha bien, nieto mío, y graba a fuego este nombre: es Jesús, nuestro consuelo, es Dios que se ha hecho hombre. No suelta la Cruz, pequeño, porque en ella lleva el peso de nuestras faltas y el mal que nos ciega. Camina despacio, porque nos está esperando; quiere que tú y yo, vayamos a su lado. Él es el puente que nos une a los que se fueron, y es la luz que verán tus hijos como tus padres la vieron. Ámale cuando estés solo, cuando el mundo te dé la espalda, que el Nazareno es... el único que nunca te falla.”*

Ahí nace la semilla que en el alma florece cada primavera. Ahí la fe se encadena. No es costumbre de un día, ¡es sangre corriendo por nuestra venas!

Y es que esa herencia que recibí de mis mayores se hizo realidad en mi cuello. Porque la fe también tiene nombre de mujer y desvelo, esas que elevan al Lavatorio desde el suelo hasta el mismo cielo. Son las que visten de **Humildad** el dolor de cada herida, haciendo del servicio la única razón de la vida. Y hoy puedo decirlo alto, sin temor y sin espera: que me siento, junto a mis amigas, una mujer costalera.

Y en ese mismo surco, la **Piedad Nazarena** se hace fuerte, es ese abrazo de Madre que desarma a la propia muerte. Es el refugio de Jesús que en sus brazos se acuna, la paz de esas madres, que al perder a un hijo, no tienen ya ninguna.

Estas son dos verdades de vida, mi principio más verdadero, que me gritan al oído que **MI HERMANDAD** es lo que más quiero.

Y a Ti, Nazareno de mi vida, déjame que te diga desde este atril lo que mi corazón grita:

Tú eres la única verdad cuando el mundo nos miente, el remanso de calma que abraza a quien te siente. Respuesta que no llega en palabras, pero que el alma aquieta, la luz que guía mis pasos y mi vida mantiene completa. Eres el motivo por el que sigo aunque el aliento me falte, el alivio que llega justo antes de que el corazón me asalte. Eres la fe que nunca se marcha aunque yo me pierda.

Santuario de mis penas, rincón de mis alegrías. Padre de silencios sabios, que levanta mis caídas.

Zancada que es compás, cruz que es mi lucero, hombro que se ofrece cuando mi camino es fiero. Dios que se hizo Hombre para entenderme y el Hombre que se hizo Dios para salvarme el alma.

Eres el rostro que busco cuando la soledad me alcanza, el refugio del que reza cuando ya no queda esperanza.

Eres el nombre que pronuncio en la oscuridad cuando la noche se alarga.

Hogar cuando todo cambia, el lugar al que vuelvo siempre porque todo pasa cuando te miro a la cara. Eres el espejo donde miro mis miserias y no me siento juzgada, sólo amada. Porque contigo aprendí que el dolor no es el final del camino, que hay un sentido sagrado en cada golpe del destino.

Eres mi Viernes Santo eterno, mi amanecer al alba y mi mañana de plata. Eres mi pena más honda y mi esperanza más clara, eres mi fe hecha carne, mi fe hecha mirada, mi fe hecha paso lento que a mi vida salva.

Eres, Padre Jesús Nazareno, todo lo que no sé decir en voz alta... ¡y todo lo que mi alma te entrega cuando ya no le queda nada!

A MI VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS

Bajo el madero santo, en un nudo de agonía, se fundieron los latidos de Jesús y de María. Cuando el cielo se oscureció, el mundo entero en tinieblas se sumergió, y en el vacío del monte, donde el alma se desgarró... **María quedó sola.**

No mires a las Angustias este año
cuando aparezca entre cirios y promesas,
cuando Vera entera guarde silencio
bajo la noche espesa;
cuando las campanas rompan
la oscuridad con memoria y centenario,
aunque lleves todo el año contando las horas eternas,
aunque el calendario anuncie
que vuelve coronada por la fe de su tierra...
no te pierdas en sus ojos,
mantén la calma, haz la prueba:
que no hace falta mirarla
para saber que consuela.

Confía en estas palabras
y si quieres verla... reza.
Porque hay presencias que vuelven
sin cruzar siquiera la puerta.

No dirijas la mirada
a la corona que brilla
como cien años de promesas cumplidas,
ni al oro que la rodea
ni al manto de estrellas
que la cubre dulcemente
como cielo que la besa;
míralo todo en su pueblo,
que la nombra Patrona
con la voz firme y sincera.

Mírala donde le duele:
en el Hijo erguido y atado
a la fría **columna** de piedra,
carne abierta al latigazo

mientras el cielo se cierra;
míralo también tendido
en la hondura del **sepulcro**,
cuando el silencio es tan hondo
que hasta la fe titubea.

Ahí nace su Angustia.
Ahí su verdad más cierta.

Pero mírala también antes,
cuando aún no ha llegado la tiniebla,
cuando el Viernes de Dolores
huele a despedida lenta.
Cuando en la penumbra del cielo
Madre e Hijo se contemplan,
y el Nazareno — que es mi vida entera—
parece inclinar la cabeza.

Es un adiós que no se dice,
un temblor que apenas se aprecia,
la certeza de que el camino
ya conduce hacia la Subida
donde el madero se hace cruz
y la cruz se hace sentencia.

Ella lo sabe.
Él lo acepta.

**Y en ese cruce de miradas
cabe toda la Pasión de Vera.**

No la mires este año,
no hace falta para verla.
Quédate por donde pasa,
busca el rastro que Ella deja...

en los ojos de su gente,
en la lágrima que tiembla
cuando el Viernes Santo avanza
como una herida abierta;
en los balcones vestidos,

en las flores, las saetas, las mantillas y las velas.
En todos los que nos enganchamos a la fría reja de su Ermita, solo para estar con Ella.

Mírala también
en las manos de las madres y de todas las abuelas.

En su forma de rezar bajito,
en su silencio de iglesia,
en aquel pañuelo guardado
para las tardes más serias;
en su manera de nombrarla
con respeto y con firmeza.

Porque tal vez aprendiste
a quererla sin apenas
necesidad de mirarla,
solo sintiendo su fuerza;
como quien sabe que la Madre
está aunque no se la vea.

La Virgen de las Angustias
no precisa que la vean;
vive en la fe heredada,
en la memoria que queda,
en el amor que no muere
aunque la voz ya no suene.

Y cuando el recuerdo aprieta
y el alma se nos desvela,
cuando la ausencia es tan honda
como un sepulcro de piedra,
**no hacen falta los ojos:
se puede querer a ciegas.**

VIDA A NUESTRAS VIDAS

Si el Domingo de Resurrección no existiera, habría que soñarlo, porque no habría consuelo en la herida ni luz para aliviarlo.

¿De qué habría servido tantos cirios consumidos, tanta chicotá en silencio o levantá al cielo, tanto rezo apretado en la garganta, si al final no se escuchara su nombre pronunciado entre “aleluyas” y campanas?

No tendría sentido la trabajadera o el costal, ni la voz del capataz, ni el llamador rompiendo el silencio, si la luz no venciera al tiempo.

Qué triste sería una Semana Santa sin mañana.
Qué hueca la fe que se detiene y se queda en la llaga.

Pero amanece.

Y el paso ya no avanza entre sombras, sino entre el jaleo de niños que alumbra;
y la música no suena a despedida, sino a un canto a la vida.

Y el cielo se estrena limpio en la mañana, como túnica nueva, morada y blanca.

No te cuelgues la medalla por tradición si no has dejado que Él, de verdad, te levante del suelo.

¿De qué valen las bambalinas al viento,
el exorno impecable y la plata reluciente,
si no has perdonado a tu hermano
ni has abrazado al que tienes enfrente?

Deja que tu fe salga a la calle también un día cualquiera,
que levante al caído o que sostenga al débil sin que nadie lo vea.

No lledes el traje para lucirte en la gloria,
si no has sabido bajar a la sombra del que llora.
Que el Niño Resucitado no quiere figurantes de un día,
tan sólo testigos que vivan con alegría.

Quítate la losa del miedo, esa piedra que te encierra por dentro
esa soberbia callada, esa culpa que aprieta.

Déjale espacio a la luz en tu grieta,
que la victoria empieza donde el miedo se suelta.

Y yo, que tantas veces me equivoco
también le pido que me enseñe
a creer de verdad que la vida todo lo puede.

Porque el Domingo de Resurrección no es solo un día más en el calendario,
Es la certeza de que nada está perdido,
de que el amor tiene la última palabra
y la pronuncia despacio.
Que se escribe con vidas cambiadas,
con manos tendidas,
con pecados soltados.

Es convertir el luto en esperanza,
la vida en esfuerzo y constancia,
y la fe en un andar diario
que, proclama en cada gesto:

el sepulcro está vacío y la luz ya ha vencido.

Que Él vive, que te espera en cada Eucaristía, en cada persona, en cada esquina...

Que Él vive y que nosotros, por fin, hemos empezado a vivir de verdad.

UNA NUEVA SEMANA SANTA

Querida Semana Santa, **me enseñaron tantas cosas de ti...** que hoy mi voz ya no es mía. Es solo el eco de los que caminaron antes. El susurro de los que me precedieron en esta bendita locura de esperarte.

Me enseñaron a quererte cuando no sabía pronunciar tu nombre. A quererte sin darme cuenta, como se quiere lo heredado... lo que se mama en casa, lo que no se elige y, aun así, se abraza. **Me enseñaron a quererte** entre nervios y miradas al cielo por ver si llovía, entre una alegría contenida y una fe que no se explica.

Me enseñaron a buscarte cuando mis pies eran pequeños y el mundo me venía grande, agarrada con fuerza a la mano de mi abuela. Esa mano que no me soltaba ni para persignarse... Aprendí a seguir tu rastro de incienso entre bullas, para que mi alma, desde niña, fuera solamente tuya.

Me enseñaron a soñarte jugando a ser costalera, con cartones por trabajaderas y sillas sobre la cabeza. ¡Cuánto te imaginé, Virgen de los Perdones, sobre mi cuello anhelado! Pero la vida me gritó que esto no es sólo madera, es llevarte en la sangre la vida entera. Porque no hace falta ver para sentir, ni hablar para sentirse escuchado.

Me enseñaron a reconocerte entre estampitas y caramelos, entre varaes de plata que apuntan a los cielos. Me enseñaron que estás entre ramitas de olivo, en los nazarenos de antifaz y en las esclavinas de monaguillos. Aprendí a buscarte entre candelabros de cola, en el canasto, en la cruz de guía abriendo camino o en el golpe del palermo que marca el destino.

Te vi en los ciriales firmes, en el faldón que se mece, en el polvo de los bajos de la túnica que amanece... y en el repicar de una campana que avisa que ya estás cerca, que el corazón se desboca y la fe se despierta. Porque te encontré en la nube de incienso que todo lo envuelve y lo eleva, y en la flor del palio que se entrega cuando la tarde ensombrece.

Me enseñaron a rezarte con un pulso desordenado y un "viva" que del pecho se escapaba, entre un aplauso torpe y una lágrima que asomaba. Me enseñaron que Dios cabe en una estampita doblada en la cartera, en el aroma de un limón de madrugada y en esos cordones de medalla desgastados por mil promesas y rezos callados.

Me enseñaron a esperarte viéndote pasar despacio, en una mañana de Viernes Santo... Comprendiendo los lentos andares, esa mecía al son que marca el capataz, y el crujido de la madera cansada buscando la paz. Allí escuche tu voz:

En el sonido de la bambalina rozando su varal. En el rachear de las zapatillas costaleras. En el gemido de las parihuelas... En el eco del Pregón del Judío sentenciando la mañana, y en ese reguero de cera fundida y sincera, que va marcando el camino como un rosario escrito sobre el suelo de Vera.

Me enseñaron a quedarme en cada momento vivido... desde ir en los traslados con mis abuelas "agarrá", hasta ver pasar a la Virgen de las Angustias y no poder dejar de rezar. Porque Eres Tú, y es toda esa gente que Ella lleva detrás: antiguos costaleros, pies y corazones descalzos que nunca te han fallado, promesas por cumplir... y esperanzas con ganas de vivir.

Y en ese aprendizaje, comprendí que hay dos Madres, dos faros, dos lumbres: la que me lleva de la mano por todas las incertidumbres, y la que espera en el palio, de cielo y luz vestida, escribiendo con su llanto la historia de nuestra vida.

Que suene ya "Perdón y Esperanza". Que se pare ya el tiempo en la Plaza.

Eres tú, Semana Santa, cantar "Costalero" con el alma. Eres la saeta que quiebra la noche del Miércoles Santo y roza una estrella. Eres la petalá que cae como una lluvia de besos desde un balcón engalanado. El suspiro del Barrio, el tiempo parado. Eres el redoble de los tambores, eres corneta quebrá, la emoción que no se puede ocultar. El pulso que late, la pena y la paz, la fe que en la calle se vuelve verdad, y el llanto que brota sin poderlo evitar. Eres el faldón que suspira, la luna que la mira y la cera encendida. Eres la trabajadera, el sudor y la entrega, la mano que ayuda y esa voz que sosiega. Eres los ensayos largos que no queremos que acaben, eres el quejido atrapado que solo los cofrades saben.

Porque me enseñaron que contigo los suspiros son piropos y la piel erizada la mejor oración. Me enseñaron que todo empieza y todo se disuelve, pero aprendí que tú... **tú siempre vuelves.**

Vuelves con otra cera, con otro latido, con otra vida. Vuelves como quien regresa a casa, con la fe fortalecida.

¡Vera que ya están los palios y los tronos! ¡Que ya caminan por tus calles la Virgen y el Señor! ¡Que no se quede un suspiro sin volverse oración, ni un rincón sin estremecerse de emoción! ¡Que ya cruje la parihuela! ¡Que ya repica las campanas!
¡Que se nos desborda el alma en esa bendita mañana!

¡Vera... levanta el alma, que ya está aquí... **una nueva Semana Santa!**